

luego victorioso sobre *Pompeyo* en *Farsalia* (48). No era posible que sus jóvenes nobles resistieran á los legionarios de *César* (1).

El conquistador recorrió, sembrando la victoria, el *Asia Menor* (donde derrotó á Farnace, hijo de Mitridates), el *Africa*, apoderándose del Egipto, y *España* en que destrozó el ejército de *Sexto* (hijo de Pompeyo). Después de esto, volvió á *Roma*; sus proezas habían igualado á las de Alejandro: el pueblo le tributó honores divinos. Prodigó espectáculos y juegos, decretó distribuciones de trigo y de dinero, y deslumbró con sus liberalidades, manteniendo á todos sumisos, sin mancharse, como *Mario* y *Sila*, con la sangre de sus enemigos.

Pero la *República*, aquellas instituciones que habían dado tanto brillo y tanta gloria al nombre romano, desaparecieron para siempre; *Bruto* y *Casio*, creyendo que el mal residía en el poder y la ambición de *César*, tramaron una conspiración y le dieron muerte en el Capitolio. (44 a. de JC).

#### IV.—Antonio y Octavio.

LA república no existía. Los generales luchaban por saber á quién pertenecería el mando absoluto; y así como *Mario* tuvo por enemigo á *Sila*, y *Pompeyo* á *César*, *Antonio* (lugarteniente de éste y jefe de las legiones) tuvo por adversario al sobrino de *César*, al astuto *Octavio*. Primero luchan, y luego se unen estos dos caudillos, y forman con *Lépid*o (general de la caballería) un segundo triunvirato, para gobernar de común acuerdo las provincias. *Cicerón*, el romano más ilustre por su sabiduría y elocuencia, perece en esta liga funesta, sacrificado en prueba de

(1) Dícese que impaciente César por llegar frente al enemigo, se embarcó casi solo, y llegó al Epiro mucho antes que sus legiones. Viendo que no llegaban, se propone buscarlas personalmente; toma una barquilla y pronto estalla una furiosa tormenta; el barquero se atemoriza, y el caudillo le anima, diciéndole: «¿Qué temes? ¡Llevas á César! ¿Quid times? Cessarem vehis».

unión por *Octavio* al rencoroso *Antonio*. (1). Los *triumvros* se proponen acabar con el partido republicano, con *Bruto* y *Casio* que se hallaban en *Macedonia* á la cabeza de cien mil hombres. En los célebres campos de *Filipos* se decide la contienda: *Bruto* y *Casio* son derrotados y se suicidan; *Octavio* y *Antonio* quedan dueños del mundo. (42).

Los dos ambiciosos no cabían en *Roma*: *Octavio* quedó en Occidente, y *Antonio* se dirigió á Oriente. No podían permanecer de acuerdo mucho tiempo; la batalla de *Accio* (Lepanto) dió el Imperio á *Octavio* (31). *Antonio* y *Cleopatra* huyeron á Egipto, donde se dieron muerte, para no servir de trofeos al vencedor. El sobrino de *César* fué entonces el único dueño del mundo.

## CAPITULO VI.

### Letras, Artes y Ciencias en Roma.

#### I.—Letras.—Literatura Romana.

LOS romanos no crearon nada en literatura. Durante muchos siglos fueron rudos campesinos, ocupados en cultivar sus tierras y en combatir. Todavía en tiempo de *Catón* (200), el ideal de la vida romana era «ser buen agricultor, buen soldado, enemigo del lujo y amigo del lucro.» Pero no era posible que se mantuvieran más tiempo estas costumbres y estas virtudes, tan frías al mundo. Los cónsules que habían ido á *Grecia* y á *Oriente*, *Flaminio*, *Scipión*, *Paulo Emilio*, fueron aficionándose á las comodidades, al lujo y á los placeres del espíritu: un siglo después, todos imitaban en

(1) *Cicerón*, adicto siempre á la libertad, pronunció contra *Antonio* terribles discursos, cuando éste trató de apoderarse del mando supremo; *Octavio* lo favorecía en esta cruzada, pero por interés personal. Tan pronto como se entendió con *Antonio*, lo sacrificó entregándolo.

Roma la vida oriental y griega. *Carneades*, embajador de los atenienses, daba conferencias; sacerdotisas, adivinos, médicos, preceptores, filósofos y sabios, atraídos por el esplendor, ó llevados por fuerza á Roma, se establecían en la gran ciudad é infiltraban, al mismo tiempo que su incredulidad y sus nuevas costumbres, sus aficiones y su ciencia. ¿Qué podía hacer *Catón* contra el alud de las nuevas costumbres que amenazaba sepultar lo que permanecía en pie de las primitivas *virtudes* romanas? *Lúculo*, el verdadero vencedor de *Mitridates*, el más generoso con los vencidos, el más humano, representa, no solo la transición entre las antiguas y las nuevas costumbres, no solo el lujo y la opulencia orientales, que llegó á convertirse en proverbial [1], sino la civilización, la *humanidad helénica* en oposición con la *rusticidad* propia de los primeros siglos de Roma. Cuando los *publicanos* y los *procónsules*, verdaderos depredadores de las provincias, tan duros, tan crueles con los vencidos, acusaron á *Lúculo*, porque no los dejaba cometer sus habituales actos de barbarie, se retiró á su quinta de *Nápoles*, donde pasaba los días en compañía de sabios y literatos griegos, hablando de filosofía y literatura. Los mismos *Scipiones* se rodearon de griegos instruídos, buscaron Profesores griegos para sus hijos y se aficionaron á las bellezas de la vida intelectual. *Paulo Emilio* no reclamó del botín cogido en *Macedonia* más que la biblioteca de *Perseo*.

Esto, precisamente, prueba que los romanos no tenían ni gusto por las letras ni propia afición por los estudios; estudiar y componer obras literarias era para ellos *estar desocupados*. Por este motivo, la literatura romana fué siempre de imitación: sus modelos de tragedia, comedia, oda, epopeya, poesía didáctica y pastoral, historia y elocuencia, fueron en lo general copia fiel

(1) Se refiere que estando el noble romano un día solo en su mesa, extrañó la sencillez del servicio, y preguntó al criado el motivo. El cocinero se disculpó diciendo que no había convidados. «¿Cómo!—exclamó su amo—¿no sabías que *Lúculo* comía hoy en casa de *Lúculo*?»

Otra vez dejó admirados á *Cicerón* y á *César* con lo sumptuoso de un banquete, para el que nada había preparado, limitándose á decir al cocinero que lo sirviese en el salón de *Apolo*. Los que se verificaban en éste ascendían á 10,000 pesos.

Un pretor que iba á celebrar una fiesta envió á pedir á *Lúculo* cien mantos de púrpura, él le dijo que mandara por trescientos.

de las obras helénicas de su género. Lo que no significa que no imprimieran en ellas la cualidades de vigor y de constancia que distinguieron siempre á este pueblo de todos los demás. Algunas de estas imitaciones, como la *Eneida* (de Virgilio) supera en más de un punto á su original, la *Iliada*; *Horacio* iguala á *Píndaro* en la oda heroica y perfecciona la moral ó filosófica, en la que no ha tenido rival, y *Ovidio*, el tierno cantor de elegías, juntamente con *Propertio* y *Tíbulo*, nos dejaron verdaderos modelos de *poesía lírica*. Todos estos autores pertenecen al siglo de *Augusto* (I de la Era cristiana) (1). En el anterior vivieron: *Lucrecio*, (el más original de los poetas latinos), «el prosista más elegante», *César* y «el más elocuente de sus oradores», *Cicerón*; y en el posterior: *Séneca*, *Lucano*, *Tácito*, *Plinio* y *Juvenal*.

El género en que los romanos no fueron simples imitadores, sino creadores, fué la *Oratoria*. En Roma, como en *Atenas*, todos los asuntos de interés público se resolvían en la asamblea del Senado ó del pueblo, lo mismo que los litigios entre las personas. En el *Foro* estaban los *rostros* ó tribuna de las arengas, donde los oradores declamaban sus discursos ante el pueblo. Desde los *Gracos*, la elocuencia tomó un carácter impetuoso (demosteniano) hasta *Cicerón*, único de quien se conservan discursos completos y no simples fragmentos, como de los demás oradores antiguos. Con la caída de la República, cuando el emperador hizo suyos los poderes del Senado y del pueblo, terminó este género literario, que solo puede vivir donde alienta la libertad. Continuaron, entonces, los retóricos, que enseñaban á hablar bien, á pronunciar bien los discursos preparados fríamente, en lo general sobre temas imaginarios.

Fuera de la *Oratoria*, en la que tanto sobresalieron los romanos, de la *Sátira* como poema especial [que es toda latina] [2], y de la *historia* en que hubo escritores de primer orden [3], la literatura romana era una sim-

(1) Mesenas, amigo de Octavio (Augusto) protegió á varios poetas, entre ellos á Horacio y Virgilio, que cantaron la gloria de Augusto y su reinado. De aquí se deriva la costumbre de llamar (por antonomasia) Mesenas á todo protector de las letras.

(2) Horacio mismo lo dice: *Satira nostra tota est.*

(3) Tito Livio iguala á Herodoto, César á Jenofonte, *Salustio* y *Tácito* superan á Tucídides.

ple imitación de la helénica. Sin embargo, esta literatura con su idioma (el latín) es la que se propagó por Occidente, y la que ha servido de modelo á las naciones de Europa durante 19 siglos; y aun cuando ya no se habla el idioma del *Lacio*, que ha servido de lengua especial á los eruditos y de vehículo á todos los conocimientos, cierto es que se advierten sus huellas en todos los idiomas neolatinos y en el carácter de su civilización y de sus letras. Nuestra literatura es, así, helénica indirectamente, por medio de *Roma* que bebió en las abundantes fuentes del bello país del *Pentélico* y del *Himeto*.

## II.—Las Artes en Roma.

EN escultura y pintura, los romanos imitaron á los griegos, del mismo modo que en poesía; sus obras en estas artes, (bustos y bajo-relieves, los frescos en las casas de Pompeya), no tienen el encanto indefinible, la suavidad, la elegancia y la armonía de las helénicas: diríase que los autores se proponen, más que producir obras bellas, reproducir la realidad exactamente. Así se observa en los bajo-relieves de las columnas de *Trajano* y *Marco Aurelio*, en los cuales las fisonomías, los trajes y las escenas, están tomadas directamente de la naturaleza.

El arte romano por excelencia fué la arquitectura, en el cual no se limitaron á copiar de los griegos, de quienes tomaron la columna, sino que crearon por su parte el arco y la bóveda, con cuyos elementos arquitectónicos pudieron levantar edificios más amplios y variados que los de Grecia. Así, el *Panteón*, construído en tiempo de *Augusto*, contiene un vestíbulo como el del *Partenón*, pero está cubierto por una enorme cúpula. Construían, también, puentes y acueductos, formados por hileras de arcos sobre un río, ó sobre valles, y tan sólidos, que algunos han durado dos mil años. Las *termas* ó baños, el *anfiteatro* y *circo*, y los *arcos de triunfo*, son también construcciones características del pueblo rey.

Las *termas* ocupaban siempre un gran espacio; las de *Caracalla* en Roma eran inmensas; pero todas las ciudades importantes del Imperio poseían edificios de esta naturaleza, con salas y tinas para los baños, galerías,

jardines y alamedas, y que representaba entre los romanos el mismo papel que el *gimnasio* entre los griegos. El *anfiteatro* y el *circo* están formados por varios pisos de arcos, los cuales rodean la pista ó arena, en donde se celebran carreras y combates. En *Roma* estos dos edificios eran inmensos: el «Circo Máximo,» donde se celebraban las carreras, se extendía entre dos colinas, el *Aventino* y *Palatino*, pudiendo contener hasta 380.000 espectadores: el *anfiteatro*, construído por *Vespasiano*, era de dos pisos y podía contener 70,000. Allí era donde se verificaban los espectáculos favoritos del pueblo romano: unas veces transformaban la pista en un bosque, en el cual soltaban animales feroces para que combatieran hombres armados con lanzas ó arpones; otras, (y esto era lo preferido), combatían entre sí hombres armados con diversas armas (gladiadores), el vencido era degollado, á no ser que el pueblo lo perdonara. Todavía se mantiene en pie aquel edificio colosal, como un testigo mudo de la soberbia y corrupción de aquel Imperio. El *arco de triunfo*, imitado por los modernos (por los franceses principalmente), es una gran arcada con bajo-relieves, columnatas y grupos escultóricos.

«Los romanos no construían solo con mármol, como los griegos,» sino que empleaban los materiales de construcción que tenían á mano, uniéndolos de modo tan sólido, que hoy todavía, está sembrado el suelo de sus antiguas posesiones en Europa, Asia y Africa, con ruinas de sus *termas*, *acueductos*, *puentes*, *arcos de triunfo*, *templos*, *circos*, *anfiteatros* y *rutas militares*. Sus construcciones no tenían, pues, la belleza y proporciones admirables de los monumentos griegos; pero eran más robustas, más sólidas, más prácticas, conformes con el genio vigoroso y rudo que les dió origen.

## III.—Filosofía y Ciencias.

LOS romanos contaron con filósofos como *Cicerón*, moralistas como *Séneca*, sabios como los *Plinio*; y en tiempos del Imperio florecieron matemáticos, astrónomos, médicos y naturalistas, en las escuelas griegas, de *Atenas*, *Alejandro* y *Pérgamo*, sin contar á los filósofos y moralistas cristianos; pero to-

dos fueron hijos de la civilización oriental y helénica, de aquella brillante civilización que Roma unificó en sus vastos dominios. La única ciencia nacional de los romanos fué el *derecho*.

Esta ciencia que alcanzó colosales proporciones durante el Imperio, y que ha servido de base al derecho moderno, tuvo un origen muy humilde, una legislación ruda y grosera, como grosero y rudo era el pueblo que la produjo: tal fué la «Ley de las Doce Tablas.» (1) Todo era simbólico en este derecho primitivo: había que ejecutar ciertos actos y pronunciar ciertas palabras. Para comprar un objeto hay que arrojar un pedazo de bronce (que representa el precio) en el platillo de una balanza y decir ante los cinco individuos que forman el tribunal: «Este objeto me pertenece por la ley de los romanos, lo he comprado en debida forma con este bronce.» Si se trata de reclamar la propiedad de un terreno ó de una casa, se debe simular un *pleito* y un viaje hasta el lugar del litigio, y decir en presencia de los jueces, que han dirigido esta pantomima: «Declaro que este terreno es mío por el derecho de los romanos.» Con este respeto á las fórmulas, llegaron á establecer esta máxima: «Que el derecho sea, lo que la lengua ha pronunciado.» Como todos los pueblos primitivos, los romanos creían que las palabras y los actos simbólicos tenían una influencia mágica.

Como la «Ley de las Doce Tablas» y las reglas dictadas posteriormente eran insuficientes para resolver todas las cuestiones, se tenía la costumbre de consultar á personas «entendidas en derecho» (jurisprudentes), y sus respuestas dadas por escrito (consejos de los sabios) llegaron á tener fuerza de ley. Tal fué el origen de la ciencia del derecho (Jurisprudencia).

Los que dictaban la justicia, ó como decían los romanos, los que «pronunciaban el derecho,» eran los pretores, puesto que los cónsules ordinariamente dirigían los ejércitos. Había dos magistrados (el pretor urbano y el pretor de los extranjeros) que dictaban sus fallos de modo diferente: el primero, el *pretor urbano*, que resolvía los negocios entre ciudadanos, se sujetaba á las le-

(1) Castigaba al hechicero que, por medio de palabras mágicas hace pasar á su campo la cosecha del vecino. Permitía que los acreedores hicieran trozos al deudor: «Si cortan más ó menos (decía) no hay fraude.» te

yes y costumbres de *Roma*; el segundo, el *pretor de los extranjeros*, no se atenía más que á máximas generales y á la equidad, pues que solo á los ciudadanos amparaba la ley, solo ellos tenían derecho para presentarse ante un tribunal (pretorio) pidiendo justicia. Y así como había dos pretores, hubo dos derechos: el «derecho civil» y el «derecho de gentes» (ó de los pueblos extraños á Roma). Pronto se vió que el más sencillo y el más humano era el «derecho de gentes,» y que el «derecho civil» estaba lleno de prácticas supersticiosas y de pequñeces contrarias á la razón y á la justicia; tanto que un proverbio romano decía: el «derecho estricto es la injusticia suprema.» Los pretores urbanos fueron, pues, corrigiendo las antiguas fórmulas, y se atuvieron á la equidad y á la justicia, conforme pudo verse cada año en el edicto del pretor.

El «*edicto del pretor*» y los *edictos* y *rescriptos* (leyes generales y consultas) completaron en los siglos siguientes el derecho, «la razón escrita»; distinguiéndose en esta magnífica tarea los jurisconsultos *Papiniano*, *Ulpiano*, *Paulo* y *Modestino*, quienes adoptaron las ideas de los filósofos griegos, de los estoicos principalmente, y las máximas derivadas del «Derecho natural,» fundado en la conciencia humana. Lo que sirvió de base á la legislación universal fué «el Derecho romano» modificado por las costumbres de todos los pueblos y por las doctrinas morales de los filósofos griegos.

## CAPITULO VII.

### El Imperio Romano.

I.— Régimen político.— Los Doce Césares.

DESDE que *Octavio* dió fin á las guerras civiles que ensangrentaban hacía un siglo el suelo de la República (31 a. de J.C.), creó un nuevo régimen político, en el que hacía suyos todos los poderes del *Senado*, y del *pueblo*, convirtiéndose en el magistrado único y vitalicio de *Roma*.